



MALVINAS, YA SERÍAN NUESTRAS

Edgardo J. Segura

Aporte personal.

Edgardo J. Segura es
Contraalmirante (R) de
la Armada Argentina.

En 1960, siendo Capitán de Corbeta, hice el curso de la Escuela de Guerra Naval. En diciembre de ese año, por invitación de la Armada de Gran Bretaña, fui designado para incorporarme al curso de Oficiales de Estado Mayor de la Real Armada Británica, donde pude analizar académicamente la trayectoria histórica de la política británica con relación a sus colonias y posesiones.

Distinguidos diplomáticos y profesores mencionaban que muchos países europeos habían sido expulsados de sus colonias por ejércitos armados. Se mencionaban a los Generales San Martín y Bolívar en Sudamérica, así como a Francia en Indonesia, a Bélgica en el Congo y otros. Mientras los británicos negociaban progresivamente dar la reclamada independencia a países que luego se incorporaban al llamado Commonwealth, logrando beneficios como la compra de materias primas a buen costo y la venta de equipos industriales, motores, vehículos.

El acto de usurpación de nuestras islas Malvinas, como es conocido, ocurrió en 1833.

Siempre me ha llamado la atención que, a pesar de ese grave antecedente para la relación de ambos países, Gran Bretaña tuviera preponderante presencia en la Argentina durante muchas décadas, desde la Organización Nacional a partir de 1853 hasta la Segunda Guerra Mundial, entre 1939 y 1945.

Es bien conocido que el crecimiento económico de nuestro país durante casi un siglo tuvo directa vinculación con la presencia del capital británico en el comercio bilateral intenso desde el Río de la Plata a Gran Bretaña y viceversa. Cabe preguntarse entonces por qué durante tantas décadas los gobiernos argentinos se limitaron a un reclamo rutinario y formal periódico sobre su soberanía en las islas, que a pesar de no ser atendido en nada resentían las relaciones ni la presencia dominante de los intereses británicos en nuestro país.

Ese largo período de casi un siglo, durante el cual la usurpación territorial británica no preocupó mayormente a los sucesivos gobiernos argentinos, quizá porque la extensa



Patagonia estaba poco habitada y casi sin explotar, dio lugar a una afirmación de hecho para varias generaciones de malvinenses de considerarse naturalmente británicos.

Recién en la década del 60 la Argentina comenzó a hacer oír su reclamo en los foros internacionales y desde entonces se mantuvo activa en ellos y en negociaciones bilaterales.

He advertido que los reclamos iniciales de las autoridades argentinas, por lo menos en sus exteriorizaciones públicas se referían fundamentalmente a la reivindicación de las islas. Se enfocaba directa o indirectamente a los territorios de las islas y la contraparte británica en sus respuestas, también directa o indirectamente, hacía mención prioritaria a los derechos de los habitantes.

En la década del setenta se comenzaron a dar pasos en ese sentido: el mantenimiento de un servicio aéreo semanal con el continente, un buque de transportes navales de la Armada mensual, la enseñanza del idioma español en colegios primarios.

En 1975, siendo Comandante del Área Naval Austral con jurisdicción el sur de Santa Cruz, Tierra del Fuego, Antártida e islas del Atlántico Sur comencé a enviar a las Malvinas garrafas de gas que mucho apreciaban los locales, que encendían carbón para su almuerzo y cena. También les enviaba frutas y verduras frescas. Tres malvinenses gravemente enfermos que requerían cirugía existente en las islas fueron transportados por aviones de la Armada y operados con éxito en Comodoro Rivadavia.

Un año después, a fin de 1976, fui designado Agregado Naval en la Embajada Argentina en Londres. En los contactos con muchas autoridades locales me llamó la atención el conocimiento que tenían de mi asistencia en las islas Malvinas poco tiempo antes.

Fui invitado en tres oportunidades a la Cámara de los Lores, en reunión con 10 a 15 de sus miembros, para intercambiar opiniones sobre el futuro de las islas. Compartían la idea de constituir empresas binacionales de pesca y exploración petrolera con ejecutivos presentes en las islas y en el continente. Aceptaban mi propuesta de otorgar becas a estudiantes secundarios y universitarios en la Argentina y de facilitarles en verano un período en Mar del Plata.

Regresé al país en febrero de 1978, habiendo ya solicitado mi retiro del servicio activo de la Armada. En dos oportunidades fui invitado a almorzar en la Embajada de Gran Bretaña por un integrante de la nobleza que me había conocido en Londres el año anterior.

A mediados de agosto de 1978 el Encargado de Negocios de la Embajada (no había entonces Embajador) me invitó a un almuerzo, solo con él, para informarme que tenía instrucciones del gobierno británico de proponer a la Argentina un "lease back" (arriendo con posterior reconocimiento de soberanía sobre las islas) por 25 años, basado en procedimientos compartidos con las autoridades británicas el año anterior en Londres.

Fue grande mi sorpresa cuando me informó que tenía orden del gobierno inglés de canalizar la propuesta al gobierno argentino por mi intermedio. Terminado el almuerzo fui de inmediato al Palacio San Martín y pude reunirme con el Ministro de Relaciones Exteriores, por entonces el Vicealmirante Oscar Montes, a quien le detallé la propuesta recibida y antecedentes de mis reuniones en Londres el año anterior.

Pasaron varios días, y el Vicealmirante Montes fue reemplazado en su cargo y desde entonces jamás tuve información alguna sobre qué tratamiento tuvo el tema en nuestro gobierno.

Estoy convencido que desde el año 2004 las islas Malvinas pudieron ser de exclusiva soberanía de nuestro país. ■